

San Agustín y la vida monástica*

Una antología de textos agustinianos sobre la vida monástica relativamente extensa como la que en esta ocasión presentamos, no amerita una introducción demasiado amplia, por las mismas características del trabajo que, en su desarrollo, trata de ofrecer algunos elementos complementarios con la finalidad de lograr una presentación panorámica de la vida monástica según San Agustín. Por este motivo, como marco de referencia general que ayude a la lectura, nos limitaremos a una presentación panorámica del fundamento monástico agustiniano.

La vida monástica agustiniana parte del concepto básico de *cristiano* y tiene como fundamento espiritual la práctica de la vida común; por esto guardará una relación esencial con el ideal eclesial de «*un solo corazón y una sola alma en Dios*»¹ que se repetirá una y otra vez en el pensamiento de Agustín, tanto que podemos decir que es este principio la base, el fin y la característica propia del monacato agustiniano.

Al igual que lo fue para los Padres del desierto y los primeros cenobitas, el fin único y común de todo aquel que golpea la puerta del monasterio queriendo ingresar en él es alcanzar la perfección evangélica. Para llegar a esta meta existe una sola vía: Jesús, el Cristo, camino, verdad y vida... pues es por él por quien se va, es él adonde se llega y también en quien se permanece.

Peculiaridad del monacato agustiniano

Agustín de Hipona, como todo fundador, también tuvo su visión personal de la vida religiosa y monástica. Por un lado no se limitó simplemen-

* Por Roberto Peña, ocso.

¹ *Regla para los siervos de Dios* 1. Agustín emplea el texto de *Hechos* 4,32, agregándole «en Dios».

te a asimilar sin más la organización monástica occidental tal como él la conoció, sino que con su inspiración particular y genial creó una forma nueva de perfección, más afín a su espíritu, anclada en el ideal eclesial presentado por los *Hechos de los Apóstoles*. Los fundadores precedentes tuvieron un ideal de vida orientado más hacia la perfección individual, la renuncia al mundo, el seguimiento de Cristo y la vida contemplativa en el retiro del desierto, sea cual fuere la modalidad del mismo. Estos valores también estarán presentes en la concepción monástica agustiniana, pero debido a su peculiar pensamiento sobre la santidad, Agustín se sentirá más atraído por una perfección en y por la comunidad, lo que lo llevará a pensar en un nuevo tipo de fundación.

Agustín tomó como punto de partida el concepto de *cristiano* y, de hecho, reunió a su alrededor a un grupo de amigos, convertidos, que deseaban vivir la vida común en Dios unidos por el lazo de la caridad. En su pensamiento, el cristiano verdadero es un hombre deificado por la gracia de Dios, lo que lo constituye templo de la Divinidad, y por esto camina hacia la perfección por el amor. El monje, en cambio, será tal en la medida en que añada algo de perfección a la del simple cristiano.

En su búsqueda monástica de los primeros tiempos después de su conversión, Agustín se encontrará con diversas ideas sobre la perfección monástica: para el gran Antonio —cuyo ejemplo tanto lo impactará— y los Padres del desierto, era capital el retiro absoluto del mundo y la penitencia; la obediencia era fundamental para los cenobitas italianos; en los monasterios de Milán y de Roma que conoció el lugar central lo tenía la caridad; y para hombres como Pacomio, Basilio y Jerónimo, era muy importante la simple vida común. Agustín se aprovechará de todas estas ideas, pero las seleccionará y en cierto sentido las someterá como medios a lo que consideraba su intención primordial. De ahí que la concepción monástica agustiniana sea en parte compleja, y conste de tres elementos admirablemente ensamblados entre sí: 1) *como ideal* estará siempre presente el recuerdo de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén según la presentan los *Hechos*; 2) *a nivel real* pesará el recuerdo de los monasterios visitados en Italia y lo allí visto; 3) *y a título personal* el querer asociar al ascetismo el retiro en compañía de un grupo de filósofos letrados, como queda claro ya en el primer intento de vida común antes de su conversión.

Todo esto se materializará en una idea básica del ideal monástico agustiniano, que no será otra que vivir la vida común, teniendo una sola

alma y un solo corazón en Dios. En este principio espiritual monástico el obispo de Hipona superpone, de hecho, dos fines comunitarios: el ideal eclesial cristiano (*anima una et cor unum*) y el ideal de la vida común, ya existente antes de Agustín. La importancia de este principio será tal que Agustín lo elevará a la categoría de «voto», pues quien no comience por este fundamento no tendrá cabida en el monasterio agustiniano y la vida común perfecta será el objeto esencial de la elección de los nuevos candidatos. Agustín fue paciente y hasta comprensivo con las debilidades humanas, pero en este punto llegó a ser «intransigente».

La fuente última y principal de la que Agustín extrajo su principio fundamental y el énfasis particular que le dio, no fue otro que el ideal de perfección presente en la Sagrada Escritura, concretamente en el libro de los *Hechos*. Tener esto en claro es importante, pues es un principio de base bíblica y apostólica y no meramente filosófica, por más que en los primeros intentos de vida común de Agustín haya sido importante la búsqueda común de la sabiduría junto a sus amigos más cercanos. Esto explica que para el obispo de Hipona los monjes verdaderos no sean los que habitan en una misma casa, sino los que habitando en ella cumplen la ley de Cristo, esto es, se toleran y se ayudan mutuamente a llevar la carga de los hermanos (*Ga* 6,2).

Una sola alma

Clásico es en Agustín el tema de las dos ciudades, la celestial y la terrenal. La sociedad perfecta o ciudad de Dios no sólo tiene su aplicación a la vida de la Iglesia en general, sino también a la vida común del monasterio en particular. El monasterio debería ser como una sociedad concorde y ordenada de los que poseen a Dios y gozan unos de los otros en Dios, pues Él es el bien común a todos y a cada uno de los miembros, la fuerza de atracción mutua que constituye la comunidad perfecta. Todos los que participan del sumo bien —que es Dios— forman una sociedad santa con Él y entre sí, es decir, se hacen una misma ciudad en Dios, un sacrificio vivo y un templo viviente. Es muy fuerte en Agustín la convicción de que el alma del cristiano que ingresa a un monasterio deja de ser propia y pasa a la comunión y sociedad de todos los hermanos, pues todos juntos comienzan a formar una sola alma, que no es otra que el alma del mismo Cristo. Esta

intercomunicación de bienes es factible por tratarse de bienes espirituales divinos: pueden pertenecer a todos a un mismo tiempo, sin dejar de ser de ninguno por el hecho de que también lo sean de los demás.

Con este principio fundamental básico, la perfección del monje en el monacato agustiniano tiene un parámetro de medida relacionado con la vivencia de la vida común: la comunión de caridad es desde todo punto de vista algo esencial, pues el prodigio de que lo propio de cada uno se transforme en algo verdaderamente común sólo puede realizarse gracias a la unión de los corazones en Dios. Por esto la vida de comunidad perfecta es mucho más que un simple medio ordenado a la perfección evangélica: es la raíz, el programa y la meta del monasterio agustiniano, lo especial y lo nuevo de su concepción monástica.

Comparado con otras instituciones monásticas anteriores, el ideal monástico de Agustín de Hipona tendrá una particularidad marcadamente independiente, pues será un monasterio fundado totalmente en la vida común gracias a la unión de almas y corazones en Dios, penetrado hondamente del primitivo espíritu de fe cristiana. El monacato agustiniano no fue creado con un fin apostólico o caritativo determinado —aunque será muy sensible a las necesidades eclesiales—, sino que es la reducción del monacato cristiano a la forma y esencia de la Iglesia. El monasterio es una comunidad que, viviendo en común, forma una pequeña iglesia, obra de la caridad y no de un simple amor de benevolencia natural; es una comunidad que hunde sus raíces en Dios que es el centro, y en Cristo que es el alma de la comunidad. Esto, que parece teórico, tendrá una expresión muy concreta, pues *el pensamiento de comunidad de amor será dominante en el monacato agustiniano*, e informará hasta los mínimos detalles de la vida de cada día. La unidad en la caridad es el ideal al que diariamente deben entregarse todos los hermanos. Sólo así el monasterio llegará a ser una comunidad perfecta en Dios, que es el fundamento, centro y fin de toda vida consagrada.

La presente «antología»

Esta selección de textos —que primariamente estuvo destinada a un curso sobre monacato agustiniano dirigido a un grupo de monjes jóvenes—,

se exime de una presentación biográfica de la figura de Agustín, porque las introducciones de cada texto tratan de ir llenando esa laguna². También es claro en este caso que seguir el pensamiento de Agustín sobre la vida monástica es simultáneamente un acercamiento a los hechos de su vida, pues el obispo de Hipona no teorizó al respecto, sino que los grandes hitos del monacato agustiniano fueron surgiendo cercanos a las situaciones que le tocó vivir.

Evidentemente, no seguimos paso a paso el itinerario biográfico de Agustín (el primer apartado ya presenta al joven Agustín comprometido con la secta maniquea, es decir, después de su crisis «eclesiológica» y en pleno auge de su entusiasmo filosófico), sino los momentos de su proceso personal que guardan una relación directa con la vida monástica. Además, la selección de textos en cada caso, da prioridad a aquellos que contienen las ideas principales de su pensamiento, siendo pocos los meramente «biográficos». Esto exigía naturalmente las pequeñas introducciones a los mismos, que ubican al lector en el contexto del cual fueron tomados y dan las pautas de lectura. No está de más repetir que, como sucede con otros Padres de la Iglesia —y Agustín no es una excepción—, en cada texto pueden mezclarse diversas realidades, lo que los hace más ricos, aunque también a veces un poco más difíciles.

A nivel metodológico hemos preferido incluir el mínimo número de notas a pie de página para no recargar la antología y hacerla un instrumento de reflexión y meditación, más que una presentación acabada de detalles «técnicos». La traducción adoptada generalmente es —cuando la hay— la de la *Biblioteca de Autores Cristianos* (BAC), pero hemos efectuado los cambios necesarios para hacer el lenguaje más cercano; en algunos casos

² La bibliografía agustiniana es vastísima, y en lo referente a los aspectos biográficos existen trabajos valiosos como, por ejemplo, el de A. Trapè, *Sant'Agostino: l'uomo, il pastore, il mistico*, Fossano, 1976 (trad. castellana de Francisco Weismann, *Agustín de Hipona. El Hombre, el Pastor, el Místico*, Buenos Aires, 1984), y el de P. Brown, *Augustine of Hippo. A biography*, London, 1967 (trad. castellana: *Biografía de Agustín de Hipona*, editada por la Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1969). Otras obras que merecen consideración son las de V. Capánaga, *Agustín de Hipona. Maestro de la conversión cristiana*, Madrid, 1974 (BAC Maior 8); F. van der Meer, *San Agustín, Pastor de almas*, Barcelona, 1965; y A. Pincherle, *Vita de Sant'Agostino*, Bari, 1988.

hemos preferido otras traducciones castellanas. Optamos por omitir las referencias bibliográficas de cada uno de los textos, pero sí ofrecemos en nota los datos generales de la obra agustiniana citada, la primera vez que aparece. Este recurso pretende aportar algunos elementos sobre la obra del autor, y se suma a los datos biográficos incluidos en las introducciones³. A modo de apéndice ofrecemos algunos textos sobre diversos temas que buscan completar los ya abordados a lo largo de la antología.

Agustín y el maniqueísmo

El joven Agustín, a los diecinueve años de edad (373) se «convirtió» a la filosofía al leer el *Hortensio* de Cicerón, lo que le inspiró un amor ardiente a la sabiduría, pero a la vez introdujo en su pensamiento tendencias racionalistas y naturalistas. Al escribir sus *Confesiones*⁴, el Agustín adulto y obispo contempla su conversión filosófica como una niñería, pero no niega su importancia.

1) «Aquel libro contiene una exhortación a la filosofía y se llama *Hortensio*. Su lectura trocó mis afectos, polarizó hacia Ti mis oraciones y

³ Hemos utilizado las siguientes abreviaturas:

* CPL *Corpus Christianorum. Series Latina*, Turnhout, 1953 ss.

* CSEL *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Wien, 1865 ss.

* DPAC *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*, 3 vols., Casale Monferrato-Genova, 1983-1988 (existe trad. castellana de los dos primeros vols., *Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana*, Salamanca, 1991-1992).

* ODSA *Obras de San Agustín y Obras completas de San Agustín*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid.

* PL *Patrologia Latina* (ed. J.P. Migne), vols., 1-221, Paris, 1844-1864.

⁴ *Confessionum libri XIII (Conf.)*: Hipona; 397-401. Obra de valor literario y autobiográfico (siempre que se distinga entre hechos narrados y el juicio del autor, que es el de Agustín ya obispo); y además no escasa en varios temas fundamentales: el mal, la creación, el tiempo, el itinerario del alma hacia Dios, la gracia. Texto latino en PL 32, 656-868; editado también por M. Skutella, Leipzig, 1934. Trad. castellana en ODSA, t. XI, 51968 (BAC 11). De esta obra existen otras traducciones, entre ellas señalamos la de J. Cosgaya en *San Agustín. Confesiones*, Madrid, ²1988 (BAC Minor, 70), y la de A. Brambilla en *San Agustín. Confesiones*, Buenos Aires, 1990.

me infundió nuevos anhelos y deseos. De pronto quedó desvalorizada para mí toda vana esperanza: apeteecía con increíble ardor de corazón la inmortalidad de la sabiduría y comencé a levantarme... ¡Cómo ardía yo, Dios mío, cómo anhelaba remontarme a Ti desde la Tierra! Y no sabía yo lo que hacías conmigo... A los diecinueve años de mi edad, al leer el *Hortensio* de Cicerón, se había despertado en mí el amor de la sabiduría. Pero difería la renuncia, detenido por el bienestar terreno; difería el dedicarme a buscarla, siendo así que, no sólo su encuentro, sino su sola búsqueda, es preferible a la posesión de los tesoros y del poder... Solía pedirte la castidad o continencia, pero no ahora. Temía yo que me escuchases al momento» (*Confesiones* III,4,7-8; Hipona, entre 397 y 401).

Por varios motivos de diversa índole (deseo de llegar a la verdad, a la sabiduría; el que se presentaban como los cristianos fieles y espirituales; el problema del mal que personalmente lo angustiaba; la organización eclesial que tenían), Agustín pasó nueve años en la secta maniquea, pero siempre fue *oyente* o *auditor* y nunca llegó al grado de *electo*. En el modelo de perfección que le proponían un obstáculo importante era la continencia, que no guardaba, pues vivía en ese entonces en concubinato. Muchos interrogantes (científicos, bíblicos y metafísicos) lo preocupaban y esperaba encontrar en Fausto, obispo maniqueo, luz para sus inquietudes interiores: la frustración fue total...

2) «Durante casi nueve años en que escuché a los maniqueos con ánimo curioso, había esperado la venida de este Fausto con tensión anhelante. Porque los maniqueos que yo trataba, y que sucumbían ante mis interrogantes, me prometían siempre a Fausto... Y he aquí que vino. Hallé un hombre agradable, de palabra animada. Me dijo, con gusto más refinado, las mismas cosas que solían decirme los demás... Cuando le expuse mis problemas, rehusó modestamente afrontar la responsabilidad» (*Contra Fausto maniqueo* XXXI,2)⁵.

⁵ *Contra Faustum manichaeum libri XXXIII (C. Faust. man.)*: Hipona; 397/399 (se proponen también otras fechas, por ejemplo, Krömer: alrededor de 400; Wermelinger: 403/405). Respuesta a Fausto sobre la armonía entre el AT y el NT. Texto latino en PL 42, 207-518; editado también por J. Zycha en CSEL 25 (1891), pp. 249-797.

En su momento Agustín admiraba la vida de los *electos*, e incluso tal vez Fausto le aconsejó convertirse renunciando a las vanidades, pero no pudo superar la situación.

3) «¿Qué motivo me retenía para no entregarme del todo al maniqueísmo, para contentarme con el grado de *oyente*, para no abandonar las ocupaciones y esperanzas de este siglo? No dirás que estaba yo entonces interiormente iluminado: me veía enredado en la barahunda del siglo, acariciaba una esperanza tenebrosa, me fascinaban los atractivos de la mujer, la pompa de la riqueza, la vanidad de los honores, los deleites ruinosos y miserables. Bien sabes que yo codiciaba todo esto, mientras escuchaba a los *electos* con solicitud. Confieso que con insistencia nos aconsejaban que renunciásemos a tales vanidades» (*Sobre la utilidad de creer* I,2)⁶.

Agustín y el escepticismo

En la fase de retorno a la fe de la Iglesia (384-387), Agustín se sintió tocado por la figura de Ambrosio de Milán, pero a la vez lo desconcertaba. Éste no lo auxilió directamente, sino que al comienzo lo trató más bien con distancia, pero lo ayudó indirectamente a «desbloquear» su situación.

4) «Yo consideraba a Ambrosio como un hombre feliz según el siglo, puesto que le honraban tantas autoridades. Únicamente me parecía demasiado difícil su celibato. Su vida interior... no podía yo sospecharla» (*Confesiones* VI,3,3; Hipona, entre 397 y 401).

Gran efecto habían de causar los hombres perfectos (carbones encendidos: *lignia ardentia*) en el hombre imperfecto: Agustín se angustiaba al contemplar el espectáculo de su propia vida en comparación a la que percibía en Ambrosio.

⁶ *De utilitate credendi ad Honoratum liber I (De util. cred.):* Hipona; 391/392, siendo presbítero. Sobre la utilidad de creer; las relaciones entre fe y razón y la credibilidad de la Iglesia católica. Texto latino en PL 42, 65-92; también editado por J. Zycha en CSEL 25 (1891), pp. 1-48. Trad. castellana en ODSA, t. IV, 1948, pp. 829-899 (BAC 30).

5) «Me asombraba reflexionando y recordando cuánto tiempo hacía que comencé, el año diecinueve de mi edad, a encenderme en el amor a la sabiduría. Me disponía, si la encontraba, a abandonar todas las vanas esperanzas, las mentirosas locuras, las codicias vacías. Y heme aquí a los treinta y tantos años, metido en el mismo lodo, sediento de las cosas efímeras que huyen y me destrozan... Perezca todo. Abandonemos estas vaciedades y bagatelas, y entreguémonos a la sola búsqueda de la verdad. La vida es mísera, la muerte incierta... ¿Por qué vacilamos en abandonar la esperanza del siglo y en entregarnos del todo a buscar a Dios y la vida bienaventurada? Pero, espera: también estas cosas efímeras son agradables, y fuera torpe volver más tarde a ellas... Estableceremos moderación en la codicia. Muchos varones grandes y dignos de imitación se entregaron, sin abandonar a sus mujeres, al estudio de la sabiduría; mientras esto decía y se turnaban los vientos que zarandeaban de acá para allá mi corazón, transcurría el tiempo, retardaba mi conversión a Dios: retardaba el vivir en Ti, mientras me afanaba por morir en mí» (*Confesiones* VI,11,18; Hipona, entre 397 y 401).

El deseo de la conversión sigue ganando terreno en el corazón de Agustín (todavía no había perdido el ideal del *Hortensio* de Cicerón), pero se enfrenta con varios impedimentos, entre ellos el más grande es el tema de la mujer, a la que no quiere renunciar...

6) «Alipio me prohibía el matrimonio, alegando que de ningún modo podríamos vivir en el amor de la sabiduría juntos y en un ocio seguro (como lo deseábamos desde hace tiempo) si yo me casaba... Yo le replicaba, citando ejemplos de casados que cultivaban la sabiduría, merecían a Dios, y guardaban fidelidad a la amistad» (*Confesiones* VI,11,20; Hipona, entre 397 y 401).

Monacato maniqueo y estoico

Corría el año 386 en Milán y Agustín con sus amigos seguían indagando cuál sería el sumo bien que da sentido a todos los fines y a los bienes. Barajaban varias posibilidades, pero ninguna los convencía plenamente.

7) «Disputaba yo con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin de los bienes y de los males. Yo le hubiera dado la palma a Epicuro, si no hubiese creído que después de la muerte, perviven el alma y las consecuencias de los méritos, cosa que Epicuro se negó a creer. Me preguntaba yo: si fuésemos inmortales, y viviésemos en un perpetuo deleite corporal, sin temor a perderlo, ¿por qué no seríamos bienaventurados, o qué otra cosa podríamos pedir?» (*Confesiones* VI,6,9; Hipona, entre 397 y 401).

Su intranquilidad va en aumento: le quitaron la concubina y su madre Mónica desea casarlo bien; por otra parte su amigo Alipio quiere impedir el matrimonio; Agustín entonces opta por buscarse otra mujer con quien vivir. Es cierto que, apoyado por algunas influencias, esperaba alcanzar la magistratura de una provincia, pero se dedicó a trazar un proyecto de vida común con sus amigos, basado en el estudio y la búsqueda de la ansiada sabiduría. La idea tenía rasgos excelentes, pero fracasó... ¿motivo?: no alcanzaron a ponerse de acuerdo sobre el tema de las mujeres...

8) «Muchos amigos nos habíamos puesto a proyectar. Abominando la turbulencia e iniquidad del humano vivir, casi nos habíamos determinado a organizar el ocio, aislados de la turba. Pondríamos en medio todos los ingresos, que pudiéramos haber, para amasar con ellos un solo patrimonio familiar. Así, gracias a una amistad sincera, nada sería propio de éste o de aquel, sino que todo sería común. Nos parecía que podríamos reunirnos como unos diez hombres en aquella organización. Había entre nosotros algunos más ricos, especialmente Romaniano... Este era el que más apreciaba, utilizando su gran ascendiente para persuadirnos... Según lo estipulado, dos se encargarían de la administración, como magistrados, y los demás quedarían libres. Pero, cuando se comenzó a discutir si en ello vendrían o no las mujeres, que algunos ya tenían y otros queríamos tener, todo aquel proyecto tan bien formado se disolvió entre las manos, se hizo pedazos y fue dejado de lado» (*Confesiones* VI,14,24; Hipona, entre 397 y 401).

En Roma, Agustín se encontró con el modelo monástico maniqueo y pudo percatarse de algunos de sus detalles: la relación maniqueísmo - monacato; su clara intención apologética; la presencia de una regla y cierto sentido religioso. Sin embargo, el monasterio regido por el obispo maniqueo Constancio terminó de completar la desilusión de Agustín por el maniqueísmo: se produjo un escándalo interno mayúsculo, que se resolvió con la fuga del obispo y la sedición de los *electos* que lo formaban. Hasta este momento no se había encontrado con los *neoplatónicos*.

9) «Uno de sus *oyentes*... empeñado en defender a todo trance la secta, acostumbraba a hacer su apología: no podía tolerar que le echasen en cara las pésimas costumbres de los *electos*... Deseaba él, si ello fuera posible, reunir en su propia casa, y sustentar a sus expensas a cuantos estuviesen dispuestos a conducirse según lo preceptuado. Los obispos, indisciplinados, trataron de torpedear el proyecto, cuando hubieran debido cooperar a su realización... Logrado esto, se fueron reuniendo los *electos* que pudieron hallarse en Roma. Se les propuso una Regla de vida, en conformidad con la Epístola de Maniqueo. A muchos les pareció intolerable la Regla y se retiraron. Otros se quedaron por pudor... Se puso en claro quiénes eran aquellos héroes, que se habían ofrecido a llevar la carga de los mandamientos... El oyente resumía la situación en un dilema: o el proyecto era razonable, y entonces había que cumplirlo, o era irracional: pero quien impone preceptos irracionales es, él mismo, irracional. Como era de preveer, triunfaron la sedición y el desmán de la mayoría. Al fin, el obispo se rindió también y se fugó con afrenta suma. Se supo que guardaba dinero en una bolsa aparte, y que recibía viandas fuera de la Regla, aunque muchas veces había sido sorprendido y descubierto. Si dicen que esto es falso, niegan cosas públicas y bien demostradas» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* II,20,74)⁷.

⁷ *De moribus Ecclesiae catholicae et de moribus manichaeorum libri II* (*De mor. Eccl. et Man.*): empezado en Roma en 387/388; terminado en Tagaste en 389. Confronta la moral católica con la maniquea; es su primera obra apologética. Texto latino en PL 32, 1309-1378. Trad. castellana en ODSA, t. IV, 1958, pp. 261-447 (BAC 30).

Pasado el tiempo, entre el monacato maniqueo y el católico Agustín encontrará una contraposición fundamental: la unidad. En la secta de Manes se hablaba de perfectos y no perfectos —los *electos* y los *oyentes*—, lo que acarrea dos tipos de moral, una diferencia esencial. La separación entre ambas «clases» era manifiesta: los segundos servían a los primeros. Mientras en el lado católico...

10) «En esta sociedad de los monjes parecen diferentes, pero los reúnen a todos la misma caridad. Según la sentencia del Apóstol, tienen esposa como si no la tuviesen, compran como si no poseyesen y usan del mundo como si no usaran. No pertenecen al Reino de los cielos sólo aquellos que, para ser perfectos, venden o dejan todo lo que tienen y siguen al Señor: a esta milicia cristiana (por un linaje de "comercio de caridad") se ordena la intendencia multitudinaria, a la que se dirá en el Juicio: *tuve hambre y me dieron de comer (Mt 25,35)*... ¿Por qué ustedes engañan a sus oyentes, que los sirven con sus mujeres, hijos, familias, casas y campos? ¿No les dicen que quien no abandona todo eso, no recibe el Evangelio? No les prometen la resurrección, sino la *metempsícosis*⁸, para que vuelvan y vuelvan a nacer, hasta que acepten el género de vida de los *electos*... En cambio, en la Iglesia católica, los pequeños se reúnen con los grandes, y a todos ellos los bendice el Señor, porque guardan los mandamientos evangélicos, cada uno según su grado, y esperan las promesas evangélicas» (*Contra Fausto maniqueo* V,9; Hipona, 397/399).

Primer encuentro con el ideal monástico cristiano

Antes de su bautismo, Agustín se enteró de la existencia de Antonio el Grande por lo que le refirió su amigo Ponticiano, quien tenía unos conocidos suyos que abrazaron el monacato en Tréveris, ciudad donde estuvo exiliado Atanasio de Alejandría, autor de la *Vita Antonii*.

⁸ Literalmente significa hacer pasar una alma a otro cuerpo. La *metempsícosis* o *metempsicosis* es una doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, también renovada en otras de Occidente, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior.

11) «[Ponticiano] tomó la palabra, hablándonos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre excelentemente resplandecía entre tus fieles, y nosotros ignorábamos hasta aquella hora. Lo que como él advirtiera, se detuvo en la narración dándonos a conocer tan gran varón que desconocíamos, y admirándose de nuestra ignorancia... De ahí pasó la conversación a las comunidades de monasterios, y a las costumbres de buen olor, y tesoros del yermo desierto, de todo lo cual nada sabíamos nosotros. Había en el mismo Milán un monasterio lleno de excelentes hermanos, fuera de los muros de la ciudad, bajo la dirección de Ambrosio y no lo sabíamos» (*Confesiones* VIII,6,14-15; Hipona, entre 397 y 401).

Conversión a Dios en Cristo

A Agustín, lo impactó profundamente el ejemplo de Antonio y su disposición frente a la Palabra de Dios. Al igual que en la vida del padre de los monjes, también en su caso ésta se mostró viva y eficaz (*Hb* 4,12).

12) «Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: *Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme* (*Mt* 19,21), se había al punto convertido a ti con tal oráculo.

Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Le tomé, pues, le abrí y leí en silencio el primer capítulo que me vino a los ojos y decía: *basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias. Por el contrario, revístanse del Señor Jesucristo, y no se preocupen por satisfacer los deseos de la carne* (*Rm* 13,13).

No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas» (*Confesiones* VIII,12,29; Hipona, entre 397 y 401).

Convertirse es sinónimo de volverse a Dios queriendo su querer: es una opción de la libertad del hombre, que asume la propuesta divina con todas sus exigencias.

13) «Esto era todo: rechazaba lo que antes había querido y quería lo que querías Tú. ¿Y dónde estaba en ese tiempo fatídico y de qué hondo y oscuro abismo fue sacado en un instante el libre albedrío, para que yo sometiera la cerviz a tu suave yugo y ofreciese mis hombros para llevar tu carga ligera, oh Cristo Jesús, mi ayudador y Redentor?» (*Confesiones* IX,1,1; Hipona, entre 397 y 401).

En un texto altamente poético que se ha hecho célebre, Agustín resume su vida pasada: estaba *derramado* por fuera, mientras que la conversión implicaba entrar en sí mismo y allí escuchar la Voz. El hombre derramado pervierte desde sí la misión de las criaturas, que deberían llevarlo al Creador. Pero la conversión es *gracia*, muy diferente a como la planteaban los maniqueos...

14) «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Tarde te amé! Y mira: tú estabas dentro y yo estaba fuera; yo te buscaba fuera y me abalanzaba deforme a las cosas formadas que tú hiciste. Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Y me tenían apartado de Ti aquellas cosas, que no existirían, si no existiesen en Ti. Me llamaste, me gritaste, rompiste mi sordera. Me enviaste tu olor, aspiré tu fragancia, y continúo anhelando. Gusté, y me entraron el hambre y la sed de Ti. Me tocaste, y comencé a arder con ansias de tu paz» (*Confesiones* X,27,38; Hipona, entre 397 y 401).

La conversión cristiana solamente es posible en Cristo Mediador, quien como hombre encarnado nos muestra su cercanía y como Hijo del Padre sana nuestras heridas.

15) «En tanto es Mediador, en cuanto es hombre... ¡Cómo nos amaste, Padre bueno, pues no perdonaste a tu único Hijo, sino que le entregaste por nosotros, los impíos!... Con razón, mi esperanza comienza a ser válida en Él: sanarás todas mis dolencias gracias a Él, que está sentado a tu diestra y te ruega por nosotros (*Rm* 8,34). De otro modo, me desesperaría. Porque son muchas y graves mis dolencias; pero si ellas son muchas y grandes, mayor es todavía tu medicina. Hubiéramos podido pensar que tu

Verbo estaba demasiado distante de la familia humana, y hubiéramos podido desesperar de nuestra situación, si no se hubiese hecho carne, si no hubiese habitado entre nosotros» (*Confesiones* X,40,68; Hipona, entre 397 y 401).

El cambio de Agustín fue en serio y total, como lo resume Posidio, obispo de Calama, su discípulo.

16) «Y al momento desde lo más íntimo del corazón, abandonó todas las esperanzas que tenía en el siglo. Ya no buscaba mujer ni hijos de la carne, ni riquezas ni honores seculares, sino que se determinó a servir al Señor con los suyos, anhelando pertenecer a aquel rebaño del cual dice el Señor: *No temas, pequeño rebaño, pues el Padre quiere regalarles el Reino* (Lc 12,32). También anhelaba el santo varón realizar lo que dice el mismo Señor: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* (Mt 19,21). Tenía entonces más de treinta años y vivía aún su madre, feliz por haberle visto aceptar el propósito de servir a Dios, más que si le diera nietos carnales» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 2)⁹.

Inscritos en la escuela de perfección

Desde el otoño de 386 a la primavera de 387, Agustín y sus amigos viven su proyecto de vida común. Ya antes se había encontrado con los *neoplatónicos* y ahora, que quiere prepararse para recibir el bautismo, renuncia a la cátedra de Retórica que tenía en Milán.

17) «Lí unos pocos libros de Platón [¿Plotino-Porfirio?] y comparé con ellos la autoridad de aquellos [Pablo] que nos han transmitido los divinos misterios. Me inflamé de manera que hubiese querido romper todas las áncoras, a no haberme detenido la opinión de algunos amigos. ¿Qué resta-

⁹ *Vita S. Augustini*: hacia 432. Texto latino en PL 32,33; editado también por M. Pellegrino, *Possidio, Vita di S. Agostino*, Alba, 1955 (*Verba Seniorum*, IV). La edición crítica ha sido editada por el mismo estudioso en *Revue des Études augustiniennes* II, Paris, 1956, pp. 195-229. Trad. castellana en ODSA, t. I, 1969, pp. 305-365 (BAC 10).

ba ya, sino que viniese en mi ayuda, pues me detenía en cosas superfluas, la tempestad que parece adversa? En efecto, me sobrecogió un tan fuerte dolor de pecho, que no pudiendo ya soportar el peso de mi profesión [Retórica], que quizá me llevaba a velas tendidas hacia las Sirenas, tuve que arrojarlo todo para conducir mi roto y abierto navío a la anhelada tranquilidad» (*Sobre la vida feliz* 1,4)¹⁰.

Agustín se dedicaba a la lectura de los salmos y asistía a las catequesis del obispo Ambrosio, quien con sus explicaciones le iluminaba la historia de la salvación y otros aspectos de la filosofía que ya conocía. Junto a sus amigos llevaba una vida «ascética» y para todos flotaba la pregunta sobre el futuro cercano: ¿cómo servir en la *militia Christi*?

18) «Tú que haces habitar a los hombres unánimes en una casa, nos asociaste al joven Evodio, compatriota nuestro. Era agente de negocios y se había convertido y bautizado antes que nosotros. Al abandonar la milicia secular, se había alistado en la tuya. Juntos vivíamos, juntos habitábamos en un santo acuerdo. Nos preguntábamos cuál sería el lugar en que pudiéramos ser más útiles, una vez que entrábamos en la milicia, y nos determinamos a volver juntos al África» (*Confesiones* IX,8,17; Hipona; entre 397 y 401).

Búsqueda de información sobre la vida monástica en Roma

Agustín se informó con todo interés acerca del régimen de vida de los monasterios masculinos y femeninos que existían en la capital del Imperio. Constató dos hechos importantes: la importancia de la *persona*, a la que debe adaptarse la austeridad practicada (detalle que reflejará después en su *Regla*), y la *formación* impartida, que incluía lo concerniente a la vida monástica junto con un elemento de carácter intelectual.

¹⁰ *De beata vita liber I (De beata vita)*: Casiciaco; 13-15 de noviembre de 386. Sobre la vida feliz; el concepto de felicidad o beatitud, que consiste en el conocimiento de Dios. Texto latino en PL 32, 959-976; también editado por J. Doignon en *Bibliothèque augustinienne* 4/1, Paris, 1986. Trad. castellana en ODSA, t. I, 1969, pp. 542-586 (BAC 10).

19) «Conocí varios monasterios en los que presidían aquellos que de entre sus miembros sobresalían en modestia, prudencia y ciencia divina, viviendo en caridad, santidad y libertad cristianas. Para no ser carga uno del otro, según la costumbre de Oriente y autoridad del apóstol Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos. También era increíble el ayuno que muchos practicaban rigurosamente (...) y no eran solamente hombres los que practicaban estas austeridades: imitaban también su ejemplo las mujeres. Había comunidades de viudas y vírgenes, que vivían del producto de sus hilados y tejidos de lana, y se regían por las más respetables y santas para la formación y ordenación de las costumbres y, además, de mayor destreza y más cultura para la instrucción de sus inteligencias» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,33,70; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Agustín describe el monacato católico

Los monjes, «cristianos perfectos», encarnan aquello (abstinencia y continencia) de lo que se jactaban los maniqueos. La vida eremítica y el valor de la oración; las observancias principales de la vida cenobítica.

20) «Nada diré de esos monjes que acabo de mencionar, que totalmente alejados de toda mirada humana, habitan en tierras desiertas, contentos con el agua y el pan que reciben a ciertos intervalos de tiempo. Gozan del coloquio de Dios, a quien viven unidos con mente pura, felices con la contemplación de la divina hermosura, la cual no es perceptible sino al entendimiento de los santos. Nada, repito, diré de ellos, ya que a muchos les parece que han abandonado más de lo conveniente las cosas humanas, sin comprender cuánto nos ayuda su alma en la oración, y su vida con el ejemplo, aunque no se nos permita ver su cuerpo...

Pero si esto excede nuestra tolerancia, ¿quién no admirará y ensalzará a aquellos que desdennan y abandonan los atractivos de este mundo, y se reúnen a vivir una castísima y santísima vida común, pasan juntos la existencia, entregados a la oración, a la lectura, a la discusión? No les hincha la soberbia, no les inquieta la obstinación, no les solivianta la envidia. Son modestos, verecundos, pacíficos. Ofrecen a Dios un don gratísimo, su vida concorde y atenta al Señor, de quien merecieron recibir tan

grande poder. Nadie posee cosa propia, nadie es oneroso para otro. Fabrican con sus manos objetos con los que pueden alimentar el cuerpo, sin que la mente halle impedimento para pensar en Dios. Entregan su manufactura a algunos que llaman *decanos*, porque son prepósitos de cada decena. Así todos están libres del cuidado del cuerpo, en la comida, en el vestido, o en cualquiera otro servicio necesario, ya para la vida cotidiana, ya para la salud menoscabada. Los *decanos* disponen todo con gran solicitud y ejecutan con presteza cuanto reclama esa vida por la debilidad del cuerpo. Pero también ellos dan cuenta de todo a uno, a quien llaman Padre. Los Padres se destacan, no sólo por sus santísimas costumbres, sino también por su gran doctrina. Pero, aunque sobresalen en todo, atienden sin el menor orgullo a éstos a quienes llaman hijos, con gran autoridad suya para mandar y grande voluntad en ellos para obedecer. Al cabo del día, todavía ayunos, van saliendo de sus celdas y se reúnen para escuchar al Padre. Para cada uno de esos Padres se juntan como mínimo, unos tres mil hombres. Son todavía mucho más los que viven bajo la obediencia de uno solo. Escuchan con increíble afán y sumo silencio, manifestando los sentimientos de su alma, movida por las palabras del orador sagrado, con gemidos, lágrimas o bien con júbilo modesto y silencioso. Después alimentan el cuerpo, cuanto es suficiente para mantener la salud y las fuerzas. Todos dominan la concupiscencia, para que no se cebe aun en esas cosas vilísimas y pocas que tienen a su disposición. Se abstienen, pues, no sólo de la carne y del vino, cuanto basta para domar sus apetitos, sino también de otras cosas... La ganancia que sobra, después de cubrir las necesidades de la alimentación (y el excedente es grande, ya que el trabajo es fuerte y las necesidades pocas) se reparte a los pobres con el mayor celo. Ponen el cuidado, no en que abunden sus medios, sino en que se reparta el sobrante: llegan hasta a enviar barcos cargados de viandas a los lugares en que habitan los necesitados. Así es también la vida de las mujeres...» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,31,66; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Agustín, reflejando su propia experiencia, no desdeña a los clérigos que se juntan a vivir vida común. En el futuro del monacato agustiniano esto tendrá capital importancia.

21) «Pero no pretendo *desdeñar* [¿alusión a Jerónimo?] una clase laudable de cristianos, a saber, la de aquellos que residen en las ciudades,

pero separados de la vida vulgar. Yo ví en Milán un *diversorio* de santos, no pocos, a los que presidía un presbítero, varón óptimo y doctísimo. En Roma conocí *muchos*, en los que hombres distinguidos por su prudencia, ciencia divina y gravedad, presiden a los que habitan con ellos y viven en caridad, santidad y libertad cristianas... Ganan el sustento con sus manos, según la costumbre del Oriente y según la autoridad del Apóstol Pablo» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,33,70; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Los maniqueos no se cansaban de denigrar a los malos cristianos. Agustín, aleccionado por el ejemplo de los monjes, los refuta esgrimiendo como argumento que en vez de mirar sus malas costumbres, hay que comparar más bien a los perfectos maniqueos con los cristianos perfectos.

22) «No me aduzcan a los que profesan el nombre cristiano y no conocen o no muestran la fuerza de su profesión. No me citen las turbas de ignorantes que o son supersticiosos en la verdad de la religión o están rendidos a la libido, o han olvidado ya lo que prometieron a Dios. Sé que muchos (cristianos) son adoradores de sepulcros y pinturas. Sé que muchos beben licenciosamente a cuenta de los muertos, y llevando alimentos a los cadáveres, se sepultan a sí mismos sobre los ya enterrados, y asignan a la religión sus actos de voracidad y ebriedad¹¹. Sé que hay muchos que renunciaron de palabra a este mundo, pero buscan verse envueltos en las comodidades de este siglo y gozan cuando lo logran. No es extraño, dada la multitud de los cristianos, que hallen a quien vituperar para engañar a los incautos y para apartarlos de la salud católica: siendo ustedes [los maniqueos] tan escasos, sudan para hallar siquiera uno de esos mismos perfectos que defienden por una superstición irracional. Los amonesto a que dejen, al fin, de maldecir a la Iglesia católica, vituperando las costumbres de los hombres, a los que también ella condena» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,34,75; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

¹¹ Agustín se está refiriendo a los *refrigeria*, de los que hablaremos más adelante.

La distinción que es lícito hacer no es la maniquea (malos y perfectos), que condena y separa, sino la que hizo el Apóstol Pablo (*fuertes y débiles*), basada en la caridad que une.

23) «No digan que a los catecúmenos es lícito usar de la mujer, mientras que para los fieles no es lícito; que los catecúmenos pueden tener dinero, mientras que los fieles no pueden. En efecto, hay muchos que usan como si no usaran. En el sacrosanto lavatorio [Bautismo] se incoa la renovación del hombre nuevo, para que se vaya perfeccionando con el progreso, en unos sujetos más de prisa, en otros más despacio... El Apóstol dice que la perfección se irá logrando poco a poco y ustedes quieren que se comience con la perfección. ¡Ojalá lo quisieran!... ¿Qué imprudencia es esa de buscar la perfección en los católicos débiles, con el fin de apartar del cristianismo a los inexpertos, y después ni mostrar en ti mismo esa perfección delante de los que has apartado del cristianismo?» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,36,80; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

El principio y fundamento del monacato agustiniano

En la concepción monástica de Agustín la piedra de toque será la *caridad*, a la que todo —como regla vectora— deberá someterse.

24) «Se guarda por encima de todo la caridad. A la caridad se subordinan la comida y el vestido, la palabra y el rostro. Todos se reúnen y se esfuerzan para lograr la caridad. Se considera criminal el ofenderla, como el ofender al mismo Dios. Si alguno se opone a la caridad, se le combate y expulsa. Si alguno la lastima, no se le deja permanecer en casa un día más. Saben todos que ha sido recomendada por Cristo y los Apóstoles. De manera que si ella falta, todo es vano; y si ella triunfa, todo es perfecto» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,33,73; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

La caridad para Agustín, como también lo era para el Apóstol Pablo, depende de la *verdad* y a ella se ordena.

25) «Seguir a Dios es el apetito de felicidad; conseguirle es la felicidad. Le seguimos por el amor; le conseguimos, no cuando nos identificamos con Él, sino cuando nos hacemos semejantes a Él, cuando le tocamos de un modo maravilloso e inteligible, cuando somos profundamente iluminados y encuadrados en su verdad y santidad. Dios es un Lumen, la luz misma. Y nosotros somos capaces de ser iluminados por Él» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,11,18; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Toda virtud, todo ascetismo, debe estar animado y ordenado por la caridad: sólo así podrá ser salvífico para la persona.

26) «En estas comunidades a nadie se le obliga a austeridades que no pueda soportar, ni se le impone nada que rehuse hacer, ni lo desprecian los demás por su incapacidad para imitar lo que otros hacen. Se recuerdan cuánto en todas las Escrituras se recomienda la caridad: *Todo es puro para los puros* (Tt 1,15); y: *No los mancha lo que entra por la boca, sino lo que sale de ella* (Mt 15,11). Y por eso todo su esfuerzo lo ponen no en abstenerse de ciertos alimentos como si estuvieran manchados, sino en dominar la concupiscencia y conservar el amor de los hermanos. Todas las cosas han de ser ordenadas al fin de la caridad... A los más valientes y seguros se les ordena que suavicen, para no dañar a aquellos que necesitan suavidad, porque son más débiles. Ellos lo saben y lo cumplen, pues son cristianos y no herejes... Si alguien practica una abstinencia zafia, se le amonesta fraternalmente, para que con su vana superstición no llegue a contraer una enfermedad en lugar de alcanzar la santidad» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,33,71; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Regreso al África: Cartago

Muerta Mónica y enterrada en Ostia y tras otro período pasado en Roma, Agustín retornó a su África natal y se asentó en Cartago. Allí llevó vida común en casa de Inocencio, experiencia que será importante para su vida futura.

27) «Cuando el hermano Alipio y yo veníamos de ultramar, todavía no clérigos, pero ya siervos de Dios, como era muy religioso [Inocencio] con toda su casa, nos había recibido y en su casa habitábamos. Le visitaban cada día [a Inocencio] algunos santos varones: Saturnino, de santa memoria, que era obispo de Uzala, el presbítero Geloso y los diáconos de la Iglesia de Cartago. Se hallaba entre éstos (y por cierto es el único que queda entre nosotros) Aurelio, hoy obispo, a quien debemos nombrar con todos los honores. Muchas veces he hablado con él acerca de aquel suceso, recordando las maravillas del Señor, y por eso sé que lo recuerda muy bien... Le consolaron y exhortaron a poner su confianza en Dios, aceptando virilmente la divina voluntad. Desde la estancia del enfermo nos fuimos todos a la oración. Cuando doblamos la rodilla y nos postramos en tierra... yo no sé si los demás podían orar. Yo no podía, y me contenté con decir: *Señor, ¿qué oraciones oirás, si no oyes éstas?* Nos levantamos, recibimos la bendición del obispo, y nos marchamos... Por la mañana volvieron los siervos de Dios... El médico se dispuso a operar a Inocencio, pero sólo halló una cicatriz consolidada» (*Sobre la ciudad de Dios* XXII,8,3)¹².

En Cartago, capital de la provincia Proconsular y corazón de la Iglesia africana, existía una fuerte comunidad donatista que recordaba bien la antigua vida del Agustín joven en esa ciudad. Naturalmente desconfiaban de su nuevo estilo de vida y el de sus amigos; éste no niega su pasado, sino que lo reconoce con la humildad que es garantía de la veracidad de su cambio.

28) «Estos son mis pecados pasados, que ellos [los donatistas] conocen muy bien; especialmente en esta ciudad, en la que viví mal, lo confieso. Por la intervención de la gracia de Dios, me alegro. Por mi vida pasa-

¹² *De civitate Dei libri XXII (De civ. Dei)*: Hipona; 412 a 426/427. Es la obra maestra de Agustín, apologética y dogmática a la vez. Los diez primeros libros están dedicados a confutar el paganismo; del undécimo al vigésimo segundo son una exposición y defensa de la doctrina cristiana. Aborda el tema del recorrido y los destinos eternos de las dos ciudades, basados en dos amores, el de sí mismo y el de Dios, mezcladas en el proceso histórico, pero separadas en la morada eterna. Texto latino en PL 41, 13-804; edición crítica en CCL 47-48 (1955). Trad. castellana en ODSA, t. XVI-XVII, 1958 (BAC 171-172).

da, ¿qué diré? ¿Diré que me duelo? Me dolería, si ese pasado existiese aún. ¿Me alegraré, entonces? Tampoco puedo afirmar que me alegro. ¡Ojalá nunca hubiese existido! De todos modos, lo que fue, ya ha pasado en el nombre de Cristo... Pero ellos dicen, refiriéndose a mí: "¿Quiénes son esos? ¿De dónde vienen? Sabemos que aquí eran malos, pero no sabemos dónde los han bautizado". Si nos conocen bien, saben que un día pasamos el mar y emigramos. Y nosotros sabemos que fuimos como éramos y volvimos cambiados. No hemos sido bautizados aquí [en África], pero la iglesia en que fuimos bautizados [Milán] es bien conocida en todo el orbe terráqueo. Es, pues, muy fácil informarse, si hay algún interés en ello. Pero, ¿para qué vamos a satisfacer a esos [donatistas], aduciendo el testimonio de una iglesia con la que no comulgan?" (*Enarraciones sobre los Salmos* 36,3,19)¹³.

La lucha con los maniqueos y su concepción de la perfección evangélica que dividía a los hombres en clases seguía preocupando a Agustín, e incluso al principio influyó en su pensamiento acerca de los laicos, hasta que se encontró con hombres comprometidos, que vivían, sin ser clérigos o religiosos, una fe firme y una verdadera caridad cristiana.

29) «Hay en la Iglesia Católica innumerables fieles que no usan del mundo, y los hay que usan como si no usaran, como dice el Apóstol (*I Co* 7,31). Bien se demostró eso en aquellos tiempos en que los cristianos eran forzados a adorar a los ídolos. En aquellas ocasiones, ¡cuántos hombres ricos, labradores, hacendados, comerciantes, militares, magnates y senadores, cuántos sujetos de ambos sexos, renunciaron a todas estas cosas vanas y temporales! Las utilizaban, sin esclavizarse a ellas, y así fueron capaces de afrontar la muerte por su fe sana y por su religión. De ese modo demostraron que eran ellos los que dominaban a las cosas, no las cosas las que

¹³ *Enarraciones in Psalmos* (*En. in Ps.*): Hipona; 394 - h. 422. Obra muy amplia con un rico contenido espiritual. «La única exposición completa sobre los Salmos en la Patrística» (A. Trapè, DPAC 1,97).

Texto latino en PL 36-37; ed. crítica de E. Dekkers y J. Fraipont en CCL 38-40 (1956). Trad. castellana en ODSA, t. XIX, 1954 (BAC 235) [= *En.* 1-40]; ODSA, t. XX, 1965 (BAC 246) [= *En.* 41-75]; ODSA, t. XXI, 1966 (BAC 255) [= *En.* 76-117]; ODSA, t. XXII, 1967 (BAC 264) [= *En.* 118-150].

los poseían a ellos. ¿Por qué insisten en que los fieles, una vez renovados por el bautismo, no deben engendrar hijos, ni poseer campos, casas o dinero? Pablo se los ha permitido (*1 Co* 6,10-20; 7,1-7)... El Apóstol muestra lo perfecto a los fuertes; y permite lo que es más accesible a los débiles. ¿No les parece esto natural? Así muestra que el no tocar mujer es lo perfecto, pues dice: *quisiera que todos fuesen como yo (1 Co 7,7)*. Pero después de esa perfección viene la castidad conyugal, para que el hombre no sea víctima de la fornicación. ¿Acaso afirmó el Apóstol que éstos no eran fieles, puesto que tenían mujer?... No sigan pues diciendo que a los catecúmenos les es lícito tomar mujer, pero que a los fieles ya no les es lícito; que los catecúmenos pueden poseer dinero, pero que los fieles ya no pueden... No pretendan que los hombres comiencen por ser perfectos» (*Sobre las costumbres de la Iglesia católica y las costumbres de los maniqueos* I,35,77; Roma, 387/388 - Tagaste, 389).

Realización del proyecto monástico: Tagaste

Dejando la gran Cartago, Agustín decidió marchar a la Tagaste natal y allí poner por obra su proyecto monástico. Siguiendo de cerca los pasos de Antonio del Desierto, vendió la pequeña propiedad que había heredado de su padre, Patricio, y se dedicó a servir a Dios.

30) «Yo que esto escribo, amé ardientemente la perfección, cuando dijo al rico adolescente: *ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo, y ven y sígueme (Mt 19,21)*. Y no por mis fuerzas, sino por la gracia de Dios que me ayudó, realicé el consejo. Y no se me tendrá menos en cuenta porque yo no era rico... Cuánto haya progresado en este camino de perfección, lo sé yo mejor que otro alguno, pero lo sabe Dios mejor que yo. Con cuantas fuerzas puedo, exhorto a otros a abrazar este compromiso y en el nombre del Señor tengo compañeros en esta suerte, pues han llegado a abrazar tal persuasión por ministerio mío. Pero, de tal modo que lo principal sea mantener una doctrina pura, sin

juzgar a los otros (seglares)...» (*Epístola* 159,39 a Evodio; Hipona, 414 o 415)¹⁴.

Así fueron los inicios de la comunidad monástica de Tagaste, según el testimonio de Posidio, obispo de Calama...

31) «Recibida la gracia del bautismo juntamente con otros compañeros y amigos, inclinados también al servicio del Señor, quiso volver al África, a su propia casa y heredad; y una vez establecido allí, casi por espacio de tres años, ajeno a todos los cuidados seculares, en compañía de los que se habían unido, vivía para Dios con ayunos, oraciones y buenas obras, meditando día y noche en la ley del Señor. Comunicaba lo que Dios le enseñaba por medio del estudio y oración, y enseñaba con sus sermones y libros a presentes y ausentes» (POSIDIO, *Vida de San Agustín*, 3; alrededor de 432).

El donatista Petiliano acusaba a Agustín de haber introducido la vida monástica en África, pero éste prefería subrayar que el origen era más antiguo. Ambas cosas tenían su parte de verdad, pues sin duda a Agustín se debió el desarrollo y expansión del monacato en tierra africana.

32) «Con la lengua maldiciente [Petiliano] se lanza a vituperar los monasterios y los monjes, arguyéndome además a mí por haber sido el

¹⁴ Las cartas de San Agustín son de contenido diverso: histórico, filosófico, teológico, exegético, espiritual, literario y autobiográfico. Algunas son verdaderos tratados. Se las suele agrupar según su fecha de composición:

- *Epistolae* 1-30: desde la conversión (386) a la consagración episcopal (395/396).

- *Epistolae* 31-123: hasta la Conferencia de Cartago (411).

- *Epistolae* 124-231: de 411 hasta la muerte de Agustín (430).

- *Epistolae* 232-270: fecha incierta.

El texto latino se encuentra en PL 33; editado también por A. Goldbacher en CSEL 34,1 (1895) [= *Eps.* 1-30]; 34,2 (1898) [= *Eps.* 31-123]; 44 (1904) [= *Eps.* 124-184A]; 57 (1911) [= *Eps.* 185-270]; 58 (1923). Para la trad. castellana ver ODSA, t. VIII, ³1986 (BAC 69) [= *Eps.* 1-123]; ODSA, t. XI, 1953 (BAC 99) [= *Eps.* 124-231]; ODSA, t. XIa, ³1987 (BAC 99) [= *Eps.* 124-187]; ODSA, t. XIb, ³1991 (BAC 99b) [= *Eps.* 188-270, y nuevas cartas 1*-29*].

organizador de este género de vida. Ignora cuál es ese género de vida, o mejor, finge ignorar lo que es notorio a todo el mundo» (*Contra las cartas de Petiliano* III,40)¹⁵.

Lucha contra el donatismo: el monje, soldado de Cristo

La controversia con el cisma donatista ayudó a perfilar algunos rasgos del monacato agustiniano. El pueblo comparaba a los monjes con los *circunceliones*¹⁶, pues los donatistas perfectos se presentaban como continentes. Los monjes —continentes también— eran considerados soldados de Cristo y debido a su actividad en favor del catolicismo eran combatidos acérrimamente por los donatistas, quienes se sentían importunamente provocados.

33) «A muchos siervos de Dios los malpararon con palizas. A algunos les echaron en los ojos cal viva con vinagre. A otros les dieron muerte violenta. Hasta tal punto estos donatistas rebautizadores se hacen odiar

¹⁵ *Contra litteras Petiliani libri III (C. litt. Pet.)*: Hipona; 400/403. El texto latino se encuentra en PL 43, 245-383; también ha sido editado por M. Petschenig en CSEL 52 (1909), pp. 1-227. Trad. castellana en ODSA, t. XXXIII, 1990, pp. 42-400 (BAC 507).

¹⁶ Miembros del movimiento revolucionario surgido del descontento religioso y agrario en África del Norte, conectado con la Iglesia donatista, especialmente en Numidia y Mauritania, en el siglo IV y a comienzos del V. El nombre proviene de *circum cellas*, o sea, aquellos que habitaban o se movían alrededor de las *cellae* o tumbas de los mártires, desde donde se procuraban el alimento.

Agustín dirá de ellos que eran: «...un género agreste de hombres y de una audacia increíble, no sólo para cometer contra los demás los mayores crímenes, sino hasta para no perdonárselos a sí mismos con una fiera demencial. Así, acostumbra matarse con diversos géneros de muerte, y sobre todo de precipicios, de agua y de fuego; así como a seducir hacia esta locura a los que pudieren de ambos sexos, amenazándoles de muerte si no lo hacen, y a veces hasta matarlos ellos»; *Las herejías* LXIX,4; trad. castellana (con texto latino) de Teodoro Calvo Madrid en *Obras completas de San Agustín*, t. XXXVIII, Madrid, 1990, p. 92 (BAC 512).

incluso por sus mismos partidarios. Pero yendo en auge la buena noticia, los siervos de Dios que estaban en el monasterio bajo la dirección del santo Agustín, comenzaron a ser ordenados clérigos en la iglesia de Hipona» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 10; alrededor de 432).

Ambos grupos fervorosos —donatistas y monjes católicos— tenían su propio «santo y seña» que los identificaba, y en el fondo declaraba su manera de pensar.

34) «Con la denominación de este Salmo son designados los monjes, para que nadie insulte a los católicos con ese término. Ustedes insultan con razón a los herejes, llamándolos *circunceliones*, para que se ruboricen y se salven. Y entonces ellos los insultan a ustedes, recordándoles el término *monje*. Veán ustedes mismos si esa comparación es admisible... Compárense borrachos con sobrios, temerarios con prudentes, furiosos con sencillos, vagabundos con quietos. Pero ellos suelen decir: ¿qué significa ese título de *monjes*? Mejor, diremos nosotros: ¿qué significa ese título de *circunceliones*?... Muestrén, dice, dónde está escrito ese término de *monjes*. Muéstrénnos ellos dónde está escrito ese término de *agonísticos*, que ellos se dan. Nos llamamos así, replican, por razón del combate... ¡Ojalá fuesen soldados de Cristo y no milicianos de Satanás! Su grito de guerra *Deo laudes*, infunde más pánico que el rugido del león. Y osan insultarnos porque los monjes, cuando saludan a los hombres dicen *Deo gratias*» (*Enarraciones sobre los Salmos* 132,3; Hipona, 394 - h. 422).

Con el uso que Agustín hace del término *monje*, este irá perdiendo su antiguo significado de solitario o eremita, y se ensanchará integrando otro elemento: pone de relieve la unidad que la Iglesia católica lucha por conseguir.

35) «*Monos* significa uno; pero no de cualquier modo. Uno puede hallarse en medio de la turba y se dice que es uno juntamente con todos. No se entiende así *monos*, esto es, uno solo. Por lo tanto, los que viven en uno y constituyen un solo hombre, de modo que se realice en ellos lo que está escrito: *un alma sola y un solo corazón, muchos cuerpos, pero no muchas almas, muchos cuerpos, pero no muchos corazones*, se llaman bien *monos*, esto es, uno solo... Con razón insultan el nombre de la unidad los que se desprendieron de la unidad. Con razón les desagrada el título de

monje a los que se niegan a habitar en uno con los hermanos. Por seguir a Donato dejaron a Cristo» (*Enarraciones sobre los Salmos* 132,6; Hipona, 394 - h. 422).

Los fieles tienen el derecho de esperar de los monjes una vida santa. Éstos, que les tributan el *buen olor de Cristo*, se convertirán por su buena fama en verdaderos *carbones encendidos* que arrastren a otros a la conversión.

36) «Te felicito y doy gracias a Dios por tu fe, esperanza y caridad, y porque tienes de nosotros tan excelente opinión, creyendo que somos fieles *siervos de Dios* y porque amas en nosotros ese don de Dios con un corazón puro... No yerras creyendo o sabiendo que el servir a Dios en generosidad y castidad es un gran bien, cuando amas a cualquier hombre, creyendo que es partícipe de un tan grande tesoro. Tú no pierdes el fruto, aunque él no sea tan bueno como tú le juzgas... Por eso, a ti hay que felicitarte de todos modos; a él, en cambio, hay que felicitarle, no porque tú le amas, sino por ser tal cual tú le estimas, cuando le amas. Cuáles seamos nosotros y cuánto hayamos progresado, que lo vea Dios, cuyo juicio no puede errar, no sólo acerca del bien del hombre, sino tampoco acerca del hombre mismo. Para tu galardón es suficiente que nos creas tales cuales deben ser los siervos de Dios y nos estreches por ello en el seno de tu corazón. Te damos las gracias más expresivas porque, al alabarnos como si fuésemos así, nos exhortas delicadamente a serlo; más expresivas aún, si, al encomendarte a nuestras oraciones, rezas también por nosotros. Es más grata a Dios la oración por el hermano, ya que es sacrificio de caridad» (*Epístola* 20,2 a Antonino; Tagaste, 390/391).

Ordenación sacerdotal en Hipona

En Hipona, el obispo Valerio se estaba poniendo anciano y preveía la necesidad de una ayuda adecuada en la tarea pastoral. Estaba explicándole precisamente esto al pueblo, cuando los fieles se volvieron hacia Agustín —presente en ese momento en la iglesia— pidiéndole al obispo lo ordenara sacerdote.

37) «Entonces regía la Iglesia de Hipona el santo obispo Valerio, quien, movido por la necesidad de su grey, habló a los fieles de la provisión y de la ordenación de un sacerdote idóneo para la ciudad; y los católi-

cos, que ya conocían el género de vida y la doctrina de San Agustín, arrebatándole, porque se hallaba seguro en medio de la multitud, sin prever lo que podía suceder —pues, como nos decía él mismo, se alejaba solamente de las iglesias que no tenían obispo—, lo apresaron y, como ocurre en tales casos, lo presentaron a Valerio para que lo ordenase, según lo exigían con clamor unánime y grandes deseos todos, excepto él, que lloraba copiosamente. No faltaron quienes interpretaron mal el clamor de su llanto, según nos refirió él mismo, y como para consolarle, le decían que, aunque era digno de mayor honra, con todo, el grado de presbítero era próximo al episcopado, siendo así que aquel varón de Dios, como lo sé por confianza suya, derramaba sus lágrimas por más altos motivos, pensando en los muchos y graves peligros a que se exponía su vida con el régimen y gobierno eclesiástico; y ésta era la verdadera causa de su lloro. Así, pues, realizaron su deseo los católicos» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 4; alrededor de 432).

Agustín no se resistió a la ordenación solamente por no contradecir lo que captaba como voluntad de Dios; prueba de su desprendimiento es que tampoco llegará a acusar de interés al pueblo.

38) «Amaron en mí [los ciudadanos de Hipona] el haber oído que yo me había convertido a la libre servidumbre de Dios, desdeñando las pocas tierras paternas. Eso no era envidia de la Iglesia de Tagaste, mi patria carnal: esta no me había impuesto la clericatura. Por lo tanto, los hiponenses se apoderaron de mí en cuanto pudieron, para su servicio» (*Epístola* 126,7 a Albina; Hipona, inicios 411).

Curiosamente, el motivo del viaje de Agustín a Hipona era «monástico»: había ido allí a entrevistarse con un hombre que deseaba ingresar al monasterio... Fue a buscar y, por el contrario, fue encontrado: le salió al paso la no pretendida ordenación.

39) «Era un agente comercial a cuyos oídos había llegado la fama de la sabiduría de Agustín: deseaba verlo, prometiendo abrazar la vida monástica, si lograba escuchar la palabra de Dios de labios tan autorizados. Se lo contaron a Agustín, y éste fue a Hipona sin más dilaciones. Vio al sujeto y le habló repetidamente, exhortándole a cumplir su promesa. Él continuaba prometiendo, pero sin acabar nunca de cumplir. Y la divina

providencia preparaba las cosas para utilizar aquel vaso limpio, honorable, útil a Dios y dispuesto para toda buena obra (*1 Tm 2,21*)...» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 3; alrededor de 432).

Ordenado presbítero, Agustín experimentará personalmente su «ignorancia» y sus necesidades frente a las exigencias de la misión pastoral. La importancia futura de este hecho será grande, pues influirá en el énfasis que se le dará a la formación de los monjes en el monacato agustiniano.

40) «... ahora, que conozco mi ignorancia, sé ciertamente que debo estudiar todas las medicinas contenidas en las Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura. Debo adquirir para tan peligroso puesto la oportuna salud de mi alma. Fui ordenado justamente cuando buscaba ocasión y espacio para meditar la Sagrada Escritura... Aún no conocía bastante mi deficiencia en ese aspecto, y ahora me atormenta y me aterra. Pero, ya que los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para distribuir al pueblo el sacramento y la palabra de Dios, no me es posible en la actualidad adquirir lo que reconozco que me falta. ¿Quieres, pues, que yo perezca, padre Valerio? ¿En dónde está tu caridad? ¿Me amas verdaderamente? ¿Ciertamente amas a la Iglesia, a cuyo ministerio me has dedicado? Seguro estoy de que nos amas a mí y a ella. Pero me juzgas preparado. Yo, sin embargo, me conozco mejor, y ni yo mismo me conocería si la experiencia no me hubiera abierto los ojos.

Pero quizá diga tu santidad: quisiera saber qué elementos necesitas para tu formación. Son tantos, que el decirte los que tengo me sería más fácil que enumerarte los que deseo adquirir. Me atrevo a confesar que conozco y con plena fe retengo lo que atañe a mi propia salud. Pero ¿cómo he de administrarlo a los demás sin buscar mi propia utilidad, sino la salvación de los otros? Quizá haya ciertos consejos en los Sagrados Libros (y no cabe duda de que los hay), cuyo conocimiento y comprensión ayudan al hombre de Dios a tratar con más orden los asuntos eclesiásticos, o por lo menos a vivir con sana conciencia entre las manos de los impíos, o a morir por no perder aquella vida por la que suspiran los corazones cristianos, humildes y mansos. ¿Cómo puede conseguirse eso sino pidiendo, llamando y buscando, es decir, orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor ordenó? Con este fin me valí de los hermanos (monjes) para solicitar de tu sincerísima y venerable caridad alguna prórroga, por ejemplo, hasta la

Pascua; ahora repito mi petición por estas preces...» (*Epístola* 21, 3-4 a Valerio; la carta es de principios de 391).

Crisis vocacional africana: monasterio semillero de vocaciones

El testimonio de Aurelio, obispo de Cartago, da cuenta de la escasez de ministros en la Iglesia africana, agravada por el cisma donatista. Tanto Agustín como Aurelio tratarán de encontrar una salida. Nuevamente las circunstancias influirán en la concepción monástica agustiniana, sensibilizándola para con las necesidades de la Iglesia local.

41) «Es tal la necesidad de clérigos, y muchas iglesias se hallan tan desamparadas, que no cuentan siquiera con un diácono, ni aun iletrado. Acerca de los grados y oficios superiores, juzgo inútil hablar: si para el ministerio no hallamos un diácono, mucho menos lo hallaremos para los cargos superiores. Apenas podemos soportar cada día los lamentos de las diversas comunidades, casi ya muertas. Si no se les socorre al fin, la causa inexcusable de las innumerables almas que perecen clamará contra nosotros en la presencia del Señor... Su caridad, santísimos hermanos, conoce también como yo la necesidad de las iglesias de Dios organizadas en el África. Y pues Dios nos ha ayudado para que se pudieran reunir todos, en representación de sus comunidades, me ha parecido que debíamos tratar en público acerca de esa necesidad, pues en privado ya la hemos estudiado. Si su caridad lo aprueba, tendremos que elegir de entre nosotros un sacerdote que, con la ayuda de Dios y de sus oraciones, se haga cargo del problema y trate de remediarlo, navegando a Italia para dar cuenta de todo esto a nuestros santos hermanos y consacerdotes, el venerable y santo hermano Anastasio, obispo de la Sede Apostólica, y el santo hermano Venerio, sacerdote de la iglesia de Milán, manifestándole nuestro dolor, necesidad y pobreza. Es necesario que vean que han de atender al peligro común, pues de esas sedes nos vino la prohibición¹⁷» (AURELIO DE CARTAGO, *Brev. Hipp.* II,19,37).

¹⁷ Existía la prohibición formal de incorporar a la jerarquía a los clérigos donatistas que volvían al catolicismo, lo que para algunos representaba una solución a la crisis. Ante la situación, la cadena de abusos era considerable:

De hecho, la Iglesia de Hipona había tenido un obispo de origen griego (el anciano Valerio que ordenó sacerdote a Agustín); para suplir otras sedes, a otros se los forzaba a aceptar la carga episcopal.

42) «Muchos son obligados a aceptar el episcopado: son cazados por la violencia, llevados, encerrados, custodiados. Tienen que padecer mil impertinencias contra su voluntad, hasta que les nazca la gana de aceptar el honorable cargo» (*Epístola* 204 a Dulcicio; Hipona, 419-420).

También los clérigos eran muchas veces designados de improviso, como fue el caso del mismo Agustín. A pesar del procedimiento violento, no faltaron casos que llegaron a ser buenos pastores.

43) «También solemos citar el ejemplo de la continencia de los clérigos: son cazados contra su voluntad para que acepten la carga. Y con todo, una vez que la aceptan, la llevan decididamente hasta el fin con la ayuda de Dios, aunque fueron obligados por la violencia del pueblo» (*Sobre los cónyuges adúlteros* II,20,22)¹⁸.

Para tratar esta espinosa cuestión, Aurelio deseaba que Agustín viajara a Cartago para conversar el problema personalmente. Muestra de lo acuciante de la carestía sacerdotal es que el pueblo de Hipona, enterado de la situación, temía que el obispo se valiera de su autoridad primada para retener a Agustín o, lo que sería peor, que éste mismo se pusiera de acuerdo con Aurelio para quedarse en Cartago.

44) «Si el anciano Saturnino se digna venir [a Hipona]... yo lo hablaré todo con él [los problemas pendientes] y vendrá a ser lo mismo que si lo discutiese con tu Dignación [Aurelio]. Dígname pedirselo y suplicárselo

algunos obispos se quitaban entre sí a sus clérigos; se promovía de forma indebida a clérigos inferiores; o se impulsaba a algunos individuos a aceptar el ministerio pastoral.

¹⁸ *De coniugiis adulterinis libri II (De con. adul.)*: Hipona; iniciado en 420. Sobre los cónyuges adúlteros (o los enlaces adulterinos); indisolubilidad matrimonial incluso en caso de adulterio. Texto latino en PL 40, 451-486; editado también por J. Zycha en CSEL 41 (1900), pp. 345-410. Trad. castellana en ODSA, t. XII, 1954, pp. 343-431 (BAC 121).

como lo hago yo, con un ansia que no puedo expresar en palabras. Porque los hiponenses temen mucho, demasiado, mi ausencia: no me creen a mí, como yo les creo a ustedes [los de Cartago]. Sobre el campo ofrecido por tu liberalidad y provisión a los hermanos, estábamos ya enterados antes de recibir tu carta por el hermano y consiervo nuestro Partenio» (*Epístola 22, 2.9 a Aurelio de Cartago; Hipona, 392*).

Ante la carencia, la ordenación apresurada e indiscriminada era una tentación seductora... Agustín, que comprendía los peligros implicados, no dejó de advertir a Aurelio el error, subrayando los requisitos mínimos indispensables para los candidatos: ser capaces de vivir en continencia; tener la instrucción necesaria y la integridad propia de una persona normal.

45) «He leído la epístola de tu Benignidad (Aurelio) acerca de Donato y de su hermano [monjes de Hipona que habían sido ordenados]. Largo tiempo he fluctuado sobre lo que debía responderte. Después de meditar una y otra vez qué sería más útil para la salvación de aquellos a quienes servimos, nutriéndolos en Cristo [los monjes], ninguna otra cosa mejor me pudo venir a las mientes: no hemos de abrir ese camino a los siervos de Dios, de manera que crean que serán elegidos para un grado superior tanto más fácilmente cuanto peores se hagan. A ellos se les prepara una caída fácil, y al orden de los clérigos se hace una gravísima injuria, si elegimos para la milicia clerical a los desertores del monasterio, siendo así que aún entre los que perseveran en los monasterios, no solemos elegir sino a los que son más probados y mejores. A no ser, que, como dice el vulgo, de un mal corista salga un buen corifeo. Ese mismo vulgo se reirá de nosotros diciendo: de un mal monje han hecho un buen clérigo. Sería lamentable que empujásemos a los monjes a un orgullo tan ruinoso y juzgásemos a los clérigos dignos de tan grave contumelia, perteneciendo nosotros a su número, y siendo así que cuesta sacar un buen clérigo de un buen monje; aunque tenga la continencia, puede faltarle la instrucción necesaria, o la integridad de una persona regular... En cuanto a Donato, ya que fue ordenado antes de que estableciésemos nada en el Concilio...» (*Epístola 60,1 a Aurelio de Cartago; Hipona, ¿fin 402?*).

Comunidad monástica «laical» en Hipona

Recibida la ordenación sacerdotal, Agustín no renunciará por ello a su *santo propósito*, sino que le pedirá al obispo Valerio le conceda fundar un monasterio en una propiedad perteneciente a la iglesia de Hipona. Concedido el permiso regresará a Tagaste y buscará a algunos de sus compañeros para que lo ayuden en la organización del nuevo cenobio.

46) «Yo, en quien por la misericordia de Dios ven a su obispo, vine siendo joven a esta ciudad. Buscaba dónde fundar un monasterio para vivir con mis hermanos. Había abandonado toda esperanza mundana y no quise ser lo que hubiera podido ser; tampoco, es cierto, busqué lo que soy. *Elegí ser postergado en la casa de Dios antes que habitar en las tiendas de los pecadores* (Sal 83,11). Me separé de quienes aman el mundo, pero no me equiparé a quienes gobiernan los pueblos. No elegí un puesto superior en el banquete de mi Señor, sino el último y despreciable, pero quiso él decirme: *Sube más arriba* (Lc 14,10). Yo quería, por todos los medios a mi alcance, salvarme en el último lugar, para no peligrar en el superior. Pero, como he dicho, el esclavo no puede contradecir a su amo. Vine a esta ciudad a visitar a un amigo, a quien pensaba ganar para Dios llevándole a vivir con nosotros en el monasterio. Me sentía seguro, porque esta ciudad tenía obispo. Sin embargo se apoderaron de mí, me hicieron presbítero y por esa dignidad llegué al episcopado. Nada traje, cuando vine a esta iglesia, sino los vestidos puestos. Pero propuse que había de vivir con hermanos en el monasterio. El anciano Valerio, de feliz memoria, al conocer mi género de vida y mis intenciones, me cedió ese huerto en el que ahora está el monasterio. Comencé a reunir a los hermanos con el mismo buen propósito; pobres como yo, nada tenían, y cuando tenían me imitaban el modo que yo había vendido mi escaso patrimonio y dado a los pobres. Así debían hacerlo también aquellos que quisiesen estar conmigo, viviendo de lo común. Dios mismo sería para nosotros nuestro común, grande y rico patrimonio» (Sermón 352,2; lugar desconocido, años 356 a 400)¹⁹.

¹⁹ Los sermones de San Agustín son fruto de la predicación de unos cuarenta años. Su contenido es bíblico, litúrgico, hagiográfico y otros. De todos ellos —unos tres o cuatro mil— sólo quedan unos pocos; conocemos unos quinientos setenta con los recién descubiertos. Texto latino en PL 38, 23-332; ed.

En el monasterio de Hipona tenía una importancia central la *vida común*, según se desprende del testimonio de Posidio, obispo de Calama.

47) «Ordenado, pues, presbítero, instituyó luego un monasterio en la iglesia, y empezó a vivir con los siervos de Dios según el modo y regla establecido por los santos apóstoles (*Hch* 4,32 ss.). Sobre todo cuidaba de que nadie tuviese alguna cosa propia en aquella sociedad, sino que todo fuese común, y se distribuyese a cada uno según su necesidad, como él mismo lo había practicado primero, cuando volvió de Italia a su patria» (POSIDIO, *Vida de San Agustín*, 5; alrededor de 432).

Renuncia a todo para seguir a Cristo

El caso de Leto, que quería hacerse monje pero se encontraba con la tenaz oposición de su madre, le da ocasión a Agustín para abordar el tema de la renuncia inherente al seguimiento: es necesario perseverar en el *santo propósito*.

48) «He leído la carta que remitiste a los hermanos, deseando que te consuelen, porque tu noviciado es combatido con muchas tentaciones; apuntas además que deseas mis cartas... Mira, si te sientes ya soldado de Cristo, no abandones el campamento: en él tienes que edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio (*Mt* 21,33). A quien se mantiene dentro de ella y milita bajo las armas de la palabra de Dios, no podrá alcanzarle tentación alguna. Los dardos que se arrojan desde esa torre contra el enemigo caen con fuerza grande, mientras que los que se arrojan contra ella son evitados fácilmente con el parapeto inmóvil. Considera además

crítica de C. Lambot en CCL 41 (1961) [= *Serm.* 1-50]; PL 38, 332-1484 [= *Serm.* 51-340]; PL 39, 1493-1718 [= *Serm.* 341-396]. Para la trad. castellana ver ODSA, t. VII, 1950 (BAC 53) [= *Serm.* 1-50. Sobre el AT]; ODSA, t. X, 1952 (BAC 95) [= *Serm.* 51-116. Sobre los evangelios sinópticos]; ODSA, t. XXIII, 1983 (BAC 443) [= *Serm.* 117-183. Sobre el Evangelio de San Juan, Hechos de los Apóstoles y Cartas]; ODSA, t. XXIV, 1983 (BAC 447) [= *Serm.* 184-272B. Sobre los tiempos litúrgicos]; ODSA, t. XXV, 1984 (BAC 448) [= *Serm.* 273-338. Sobre los mártires]; ODSA, t. XXVI, 1985 (BAC 461) [= *Serm.* 339-396. Sobre diversos temas].

que nuestro Señor Jesucristo, siendo nuestro rey, por esa sociedad con que se dignó llamarse hermano nuestro, llama reyes a sus soldados y advierte a cada uno de ellos que ha de hacerse idóneo con la instrucción de los diez mil soldados, si ha de pelear con el rey que viene con veinte mil» (*Epístola* 243,1 a Leto; Hipona, probablemente 397).

El ideal monástico de Agustín se basará en el texto de *Hechos* 4,32 ss., a partir del cual establece un principio fundamental, del que extraerá dos consecuencias: en adelante exigirá una pobreza absoluta, incluso jurídicamente proclamada; además exigirá *un solo corazón y una sola alma*, orientados hacia Dios.

49) «Ya no había multiplicidad, sino singularidad, en aquellos santos de los que se dice en los *Hechos de los Apóstoles*: *la multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón* (*Hch* 4,32). Debemos pues ser singulares y simples, esto es, separados de la multitud y la turba de las cosas que nacen y mueren; debemos ser amadores de la eternidad y unidad, si deseamos adherirnos al único Dios y Señor nuestro» (*Epístola* 243,4, a Leto; Hipona, probablemente 397).

Agustín, al igual que lo hará Jerónimo, aplica al monacato el texto bíblico que habla de venderlo todo para adquirir la perla preciosa (*Mt* 13, 45-46). Lo hará formulando una ley: conseguimos tanto cuanto renunciamos... Así, quien más se aparta del mundo, tanto más se acerca a Dios; quien más se aleja de la propiedad privada, otro tanto se aproxima a la comunidad, se hace menos individualista y más comunitario.

50) «En la renuncia entra el odiar a padre, madre, esposa, hijos, hermanas y hasta a la propia alma. Todas estas cosas son propias y casi siempre impiden alcanzar, no estos bienes propios que pasan con el tiempo, sino los comunes que duran toda la eternidad. En cuanto esa mujer es tu madre [se refiere a la posesiva e intransigente madre de Leto], en tanto no lo es mía. Eso es temporal y transitorio: te concibió, llevó en sus entrañas, dio a luz, amamantó: pero todo eso ha pasado. En cambio también es hermana en Cristo para ti y para mí... Tales cosas son eternas y no envejecen con la pátina del tiempo. Las esperamos y retenemos con tanta mayor estabilidad, cuanto menos privado y más común es el derecho con que las alcanzamos» (*Epístola* 243,3, a Leto; Hipona, probablemente 397).

El amor posesivo, absorbente, asfixiante, deshumaniza y despersonaliza porque impide —al que de esa manera es amado— asumir su propio camino, su particular vocación.

51) «Eso mismo ha de pensar cada uno de su propia alma, odiando en ella el afecto privado, temporal, y amando en ella aquella sociedad y comunión de la que se dijo: *tenían hacia Dios un alma sola y un solo corazón* (Hch 4,32). De ese modo tu alma no es ya propia, sino de todos los hermanos; y las de ellos son tuyas. O más bien las de ellos y la tuya son un alma sola, la única de Cristo, de la que dice el Salmo que ha de ser librada de la mano del perro (Sal 21,21). Desde aquí se llega con facilidad a despreciar la muerte... He ahí que te atrae el afán de verdad... se nos llama para que vigilemos y para que edifiquemos la torre, desde la que podamos vigilar y combatir al enemigo de la vida eterna. ¡Atrae al soldado de Cristo la trompeta hacia la batalla, y le detiene su madre! No es ella como la madre de los macabeos, ni siquiera como la madre de los espartanos: de éstas cuenta la tradición que excitaban a sus hijos a derramar la sangre por la Patria en la batalla mucho más que la voz de los clarines. Una madre que no te permite abandonar los cuidados seculares para aprender a vivir, deja ver demasiado cómo te permitiría, si fuera necesario, renunciar totalmente al mundo para afrontar el martirio» (Epístola 243,6, a Leto; Hipona, probablemente 397).

La Iglesia es modelo de cómo debe amar una madre. También el Verbo de Dios se encarnó para enseñarnos la verdadera manera de amar. Amar es olvidarse de sí para que la persona amada crezca... porque «el que ama pierde»...

52) «La madre Iglesia es también tu madre. A los dos los concibió en Cristo, los dio a luz en la sangre de los mártires, los dio a la luz sempiterna, los alimentó y alimenta con la leche de la fe y aún les prepara alimentos más sólidos, lamentándose de que todavía sean párvulos y lloriqueen sin dientes. Esta madre, difundida por todo el mundo, se ve combatida con variados ataques de múltiples errores: sus mismos hijos abortivos no vacilan en luchar contra ella con armas desenfrenadas. Y ella se duele de que por la cobardía y desidia de otros hijos, que lleva en sus entrañas, sus miembros pierden el calor natural en muchos lugares, y ella apenas alcanza a dar calor a sus pequeñuelos. ¿A quién pedirá el justo y verdadero

auxilio, sino a otros hijos, a otros miembros, a cuyo número perteneces tú? ¿Y pretenderás defenderte con palabras carnales, desoyendo la voz de sus necesidades? ¿No hace llegar a tus oídos quejas lamentables? ¿No descubre ante ti sus caras vísceras y sus celestiales pechos? Añade a esto todavía la Encarnación de su Esposo, para que tú no te apegaras a la carne; añade todo lo temporal que el Verbo Eterno asumió, para que no te enredes en lo temporal, en esas cosas que tu madre te echa en cara. Añade aún las afrentas, los azotes, la muerte y muerte de cruz» (*Epístola* 243,8, a Leto; Hipona, probablemente 397).

El monje debe estar dispuesto a toda renuncia, con el fin de prestar cualquier clase de servicio que la Iglesia pueda necesitar de él. En esto María, madre terrena del Emperador celestial, le sirve de ejemplo.

53) «Concebido de tal casta, engendrado para la vida nueva en ese connubio, ¿languideces y te pudres en el hombre viejo? ¿Es quizá que tu emperador no tenía madre terrena? Sin embargo, cuando se presentaron, mientras estaba negociando los intereses celestiales, respondió: *¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* (*Mt* 12,48). Y extendiendo la mano a sus discípulos, afirmó que sólo pertenecían a su parentela los que hicieran la voluntad del Padre (*Mt* 12,46 ss.). Claro que en este número incluyó benignamente a María, pues ella hacía la voluntad del Padre...» (*Epístola* 243,9, a Leto; Hipona, probablemente 397).

Los hermanos del cenobio dejaron que Leto volviera a su casa para que organizara la distribución de los bienes según lo establecido. La madre le interpuso varios motivos para retenerlo y hacerlo desistir... Agustín lo animó poniéndolo frente a la decisión que era su propia responsabilidad, aclarándole que para optar bien por la vida monástica —entendida como obra de misericordia, evangelización y servicio—, es necesario ordenar en sí mismo la caridad.

54) «Si está en ti ordenada la caridad, sabrás anteponer lo mayor a lo menor y dejarte llevar por la misericordia, para que los pobres sean evangelizados, para que la copiosa mies del Señor no sea devorada por las aves del cielo, por falta de obreros; tendrás preparado el corazón para seguir la voluntad del Señor en todo aquello que Él haya determinado para sus siervos; ya en la prosperidad como en la adversidad. Medita esto, fíjate en

esto, para que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto (*I Tm.4,15*). Te suplico que evites dar a los buenos hermanos con tu desidia una mayor tristeza que la alegría que les habías proporcionado con tu diligencia» (*Epístola 243,10*, a Leto; Hipona, probablemente 397).

Monasterio «teológico»: *anima una et cor unum*

El monasterio fundado en Hipona era más riguroso, regular e independiente de las influencias externas que el de Tagaste. E incluso más «teológico», penetrado de teología, pues estaba fundamentado sobre un texto bíblico. Para Agustín todo cristiano es, de hecho, un monje incipiente.

55) «Lo primero, por lo que se han congregado para formar unidad, es para habitar unánimes en la casa y tengan todos *una sola alma y un solo corazón* (*Hch 4,32*) en Dios. Y ninguna cosa llamen propia, sino que todas las cosas han de ser comunes» (*Regla para los siervos de Dios 1*)²⁰ La discusión sobre los destinatarios de este escrito no está totalmente dilucidada, a saber, si fueron unas religiosas (ver *Ep. 211*), o los integrantes de la primera comunidad de Hipona (ver Posidio, *Vita 5,11*). No obstante, la postura actual se inclina hacia la última solución²¹.

La puerta del monasterio está abierta para todos, no importa la procedencia social, pero todos deben apuntar a lo mismo: tener un solo corazón y una sola alma.

56) «Y, si viene de la pobreza al monasterio, no piense que hace lo mismo que hacía. Antes amaba y aumentaba por cualquier medio sus bienes privados, ahora no busca las cosas que son suyas, sino las de Jesucristo; ha pasado a la caridad de la vida común para vivir en sociedad con

²⁰ *Regula ad servos Dei.*

²¹ (Reg. ad serv. Dei): Hipona; entre 391 y 397/400. Texto latino en PL 32, 1377-1384; editado también por D. De Bruyne en *Revue Bénédictine* 42 (1930), pp. 318-319; ed. crítica de L. Verheijen en *La règle de saint Augustin I. Tradition manuscrite*, Paris, 1967, pp. 148-152. Trad. castellana en *Cuadernos Monásticos* XXII, n. 80, 1987, pp. 127-134.

aquellos que tienen un alma sola y un corazón hacia Dios, de modo que nadie llama propio a nada, sino que todo es común» (*Sobre el trabajo de los monjes* 25,32)²² Ver *Retract.* II,21²³.

La primera comunidad cristiana de Jerusalén, como la describen los *Hechos de los Apóstoles*, será siempre el texto programático de la concepción monástica comunitaria de Agustín.

57) «¿Qué significan en este sacerdocio (de Cristo) la cabeza, la barba y la orla del vestido?... La Cabeza es el Salvador... La barba es la fortaleza... La orla del vestido está en lo alto del vestido, por donde se mete la cabeza: por ella están significados los fieles perfectos en la Iglesia; en efecto, en la orla está la perfección y bien recordarán que se dijo a un joven rico: *si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme*. Triste se marchó él, postergando la perfección, eligiendo la defección (*Mt* 19,21 ss.). ¿Pero acaso faltaron los perfectos, en los que el unguento de la unidad, al abandonar todas las cosas terrenas, fue descendiendo desde la cabeza por la orla del vestido? Dejando a un lado a los Apóstoles, Dirigentes y Doctores, que estaban con ellos, personas eminentes y fuertes que están simbolizados en la barba, lee los *Hechos de los Apóstoles*. Allí verás que *vendiendo sus cosas ponían el precio a los pies de los Apóstoles, y nadie decía a algo propio, sino que todas las cosas les eran comunes, y se distribuía a cada uno como a cada uno era necesario, y tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios (Hch 4,32 ss.)*» (*Contra las cartas de Petiliano* II,104,239; Hipona, 400/403).

Un primer peligro acecha y puede minar la unidad comunitaria: tener un corazón doble...

²² *De opere monachorum liber I.*

²³ (De op. mon.): Hipona; h. 401. Sobre el trabajo de los monjes; defiende el trabajo manual e introduce el trabajo pastoral y el estudio. Texto latino en PL 40, 547-582; editado también por J. Zycha en CSEL 41 (1900), pp. 529-596. Trad. castellana en ODSA, t. XII, 1954, pp. 697-771 (BAC 121).

58) «Hablaron males en el corazón... Los que hablaban esos males tenían un corazón doble, combinado, no simple. Fíjense en esta diferencia: de los siervos de Dios, aunque eran muchos, se dijo que tenían un solo corazón... Muchos, siendo simples, tenían un solo corazón, en cambio, uno solo, siendo complicado, tiene dos corazones» (*Sermón Denis* 11,7; Cartago, un 13 de septiembre, antes de 401).

«Servir a dos señores» es equivalente a tener un corazón doble. Y el que tiene un corazón doble no posee, sino que al contrario, es poseído...

59) «¿Qué hombre queriendo edificar una torre... o qué rey va a pelear con otro rey...? El rey malo, que viene con veinte mil, es el diablo. El rey bueno, que viene con diez mil, es el cristiano. Simple contra doble, verdad contra falsedad, simplicidad contra duplicidad... Muchos hicieron eso... Los Apóstoles los consolaron. Una vez prometido el perdón y asegurada la impunidad, creyeron; vendieron todo lo que tenían y arrojaron el precio de sus haberes a los pies de los Apóstoles: Cuanto más miedo habían tenido, tanto más buenos resultaron. El gran temor produjo las delicias. Eso lo hicieron los que crucificaron al Señor y después de ello lo hicieron y todavía lo hacen muchos. Lo sabemos, contemplamos los ejemplos, nos consolamos y nos deleitamos en esos muchos ejemplos, ya que la palabra de Dios no queda ociosa en aquellos que oyen con fidelidad... Yo te pregunto, oh alma cristiana: supón que te digo lo que le dijeron al joven rico: *ve y vende también tú todo lo tuyo y tendrás un tesoro en el cielo y ven y sigue a Cristo (Mt 19,21)*, ¿quizá también tú te marcharás triste... Hay que saber si posees o eres poseído» (*Sermón Denis* 17,2; *Bulla Regia*, antes de 400).

Para Agustín la centralidad del ejemplo de los primeros cristianos es tal que con ellos relacionará otros pasajes evangélicos, como es el caso del joven rico que no quiso seguir al Señor porque poseía muchos bienes (*Mt 19,16 ss.*).

60) «Todos aquellos millares de hombres se convirtieron de manera que vendieron sus cosas y arrojaron el precio a los pies de los Apóstoles (*Hch 4,32 ss.*), lo que no ejecutó un rico, cuando oyó la invitación de boca del Señor y se marchó triste, eso lo hicieron en un instante millares de aquellos hombres por cuyas manos había sido Cristo crucificado. No re-

chazó el Señor a su pueblo. Porque de él proceden los Apóstoles, todos aquellos israelitas que creyeron, vendieron sus cosas y arrojaron el precio a los pies de los Apóstoles: de su voluntad, pobres; pero ricos con la riqueza de Dios» (*Enarraciones sobre los Salmos* 94,7-8; Hipona, 394 - h. 422).

El llamado a la perfección no es monopolio de unos pocos, sino que el Señor lo hace a todos.

61) «¿No les sirvió de provecho?... Sí, que les sirvió, y más de los que podemos decir. ¿Cuáles son las iglesias de los gentiles que vendieron sus cosas y arrojaron el precio a los pies de los Apóstoles? Pues eso lo hicieron tan de repente muchos millares de hombres... Por eso dice Pablo a los Romanos *¿acaso rechazó el Señor a su pueblo?* (Rm 11,1.2). Y aquí se funda aquello que hace poco cité, cuando dice a los Romanos: *si los gentiles tuvieron participación en los bienes espirituales de ellos, deben darles participación en los bienes carnales* (Rm 15,27)... Vendiéndolo todo se aproximaron tanto al Señor, como el Señor lo prescribió para los que quisieran ser perfectos» (*Exposición de la epístola a los Gálatas* 26)²⁴ «Después de este libro [se refiere a la exposición de algunos pasajes de la Epístola a los Romanos] expuse la epístola del mismo Apóstol a los Gálatas sin entresacar pasaje alguno, es decir, sin tomar de aquí y de allí unas cosas y omitiendo otras, sino tratándola seguida en toda su extensión. Esta exposición forma un solo volumen...» (*Retract. I*, 23-25)²⁵.

²⁴ *Expositio epistolae ad Galatas.*

²⁵ (Expos. ad Gal.): Hipona (?); 394/395. Exposición de la epístola a los Gálatas; sobre la soteriología paulina. Texto latino en PL 35, 2105-2148; ed. crítica de J. Divjak en CSEL 84 (1971), pp. 53-141. Trad. castellana en ODSA, t. XVIII, 1959, pp. 105-191 (BAC 187).

Propagador de la vida monástica y servicio eclesial del monacato agustiniano

Un rasgo sobresaliente del monacato agustiniano es la sensibilidad al servicio de la iglesia local, expresada de variadas maneras: apertura al ministerio presbiteral y episcopal, además de nuevas fundaciones monásticas.

62) «Creciendo, pues, la verdadera doctrina con el impulso y la dirección de San Agustín, los religiosos, que vivían en el monasterio, comenzaron a recibir las sagradas órdenes para el servicio de la iglesia de Hipona. Y cuando se fue divulgando y en aumento de día en día el esplendor de la verdad católica, al ver el espíritu que animaba a los siervos de Dios, en continencia y pobreza austera, las iglesias acudían con instancia al monasterio florecido bajo la guía de San Agustín, para proveerse de obispos y clérigos, como se efectuó después. Pues unos diez santos y venerables varones, continentes y muy doctos, que yo mismo conocí, envió San Agustín a petición de varias iglesias, algunas de categoría. Y ellos también, secundando el propósito de los santos, dilataron la Iglesia, y fundaron monasterios; y aumentándose cada vez más el deseo de la edificación por la palabra divina, ordenando nuevos religiosos, proveyeron de ministros a otras iglesias. Así se esparcía por muchos y entre muchos la doctrina saludable de la fe, esperanza y caridad de la Iglesia, no sólo por todas las partes de África, sino también por ultramar...» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 12; alrededor de 432).

El criterio seguido para discernir el servicio a prestar era la necesidad de la Iglesia universal y de las iglesias particulares. En la mente de Agustín el monasterio que comparte recibirá una recompensa proporcionada a su generosidad. Y debe compartirse más allá de los vínculos de sangre y de amistad.

63) «También yo me doy cuenta de que parezco duro. A mí mismo me resulta intolerable no dar ni ceder a tu santidad a mi hijo el diácono Lucilo, hermano tuyo carnal. Pero cuando tu comiences a ceder a las necesidades de las iglesias lejanas a algunos sujetos queridísimos y dulcísimos, formados por ti, entonces sentirás cuánto me fatiga a mí el espolazo

de los deseos, porque algunos que están unidos a mí por una familiaridad máxima e insuperable, están corporalmente separados de mí. Permíteme que ponga tu pensamiento en una perspectiva conveniente. Por mucha fuerza que tenga tu hermandad carnal, no supera al vínculo de amistad con que estamos estrechados el hermano Severo y yo. Y, sin embargo, ya ves cuán rara vez puedo verlo. Y esto lo hace, no mi voluntad ni la de él, sino la necesidad de la madre Iglesia. Anteponemos a las necesidades de la vida pasajera las necesidades de la Iglesia en atención al siglo venidero, en el que los amigos podremos convivir inseparablemente. ¡Cuánto mejor deberás tú tolerar por la utilidad de la misma madre Iglesia, la ausencia de tu hermano carnal» (*Epístola* 84,1 a Novato [obispo de Sitifi]; Hipona, 397/401).

Colaboración con la reforma eclesial: los «refrigeria» y el orgullo del clero

El anciano obispo de Hipona, Valerio, confiaba y esperaba mucho de su presbítero Agustín. Por un motivo pastoral —la instrucción de los fieles— le encomendó a Agustín el ministerio de la predicación lo que, a pesar de no ser lo acostumbrado y levantar resistencias, sentará precedente y abrirá nuevos caminos en otras iglesias africanas.

64) «El santo Valerio, que fue quien lo ordenó, como varón piadoso y temeroso de Dios, no cabía en sí de gozo, dando gracias al cielo por haber respondido a sus peticiones tan favorablemente, porque, según contaba él mismo, con mucha instancia le había pedido al Señor le diese un hombre capaz de edificar con su palabra y su doctrina saludable a la Iglesia, pues siendo griego de origen y no muy perito en lengua y literatura latinas, se tenía por menos apto para este fin. Y dio a su presbítero potestad para predicar el Evangelio en su presencia y dirigir frecuentemente la palabra al pueblo, contra el uso y la costumbre de las Iglesias de África, lo cual provocó la desaprobación de otros obispos. Pero aquel venerable y celoso varón, sabedor de la costumbre contraria, vigente en las Iglesias orientales, y mirando por la utilidad de las almas, no dio oído a las murmuraciones, dichoso de ver que el sacerdote hacía lo que no podía él, obispo. Así la

antorcha encendida y brillante puesta sobre el candelabro, iluminaba a todos los que estaban en casa. Después, propagándose la fama de este hecho, como de un buen ejemplo precursor, algunos presbíteros, facultados por sus obispos, comenzaron también a predicar al pueblo delante de sus pastores» (POSIDIO, *Vida de San Agustín* 5; alrededor de 432).

Con fina sensibilidad eclesial y conscientes de las graves necesidades de la Iglesia africana, Agustín y el monasterio de laicos de Hipona interceden por el obispo primado de Cartago, Aurelio, para que pueda llevar a cabo la esperada reforma eclesial.

65) «Te doy gracias con una emoción que no puedo expresar de palabra, porque en tu benevolencia te has resignado a que el hermano Alipio se quede en nuestra congregación para que sirva de ejemplo a los hermanos que desean verse libres de los cuidados de este mundo. El Señor recompense a tu alma por ello. Reunidos todos los hermanos, que han comenzado a formar congregación aquí en Hipona, nos reconocemos deudores tuyos: estás unido a nosotros en el espíritu, aunque la distancia del espacio que nos separa es grande. Nos entregamos pues a la oración con todas nuestras fuerzas, para que el Señor se digne sobrellevar contigo ese rebaño que se te ha encomendado y para que nunca te abandone, sino que te asista, ayudándote en toda oportunidad. Él hará misericordia a su Iglesia, valiéndose de tu sacerdocio. Tal es lo que estos varones espirituales piden a Dios con sus lágrimas y gemidos (*Epístola* 22,1 a Aurelio de Cartago; Hipona, 392).

Uno de los vicios de la iglesia africana eran los *refrigeria* o comidas funerarias en los sepulcros de los mártires y difuntos. Para Agustín el obispo Aurelio era capaz de combatirlos, ya que desde que era diácono se oponía a ellos.

66) «Es tal la pestilencia de este mal [los convites en las tumbas de los mártires]²⁶, que, a mi parecer, no podrá curarse sino por la autoridad

²⁶ Téngase en cuenta que el culto cristiano a los difuntos también guardaba relación con el culto pagano a los muertos, en el que las comidas funerarias

de un concilio. Pero si se ha de comenzar el remedio por una iglesia, sería gran imprudencia mantener lo que la iglesia de Cartago corrigió; y sería suprema temeridad querer cambiar lo que la iglesia de Cartago mantiene. ¿Y qué otro obispo mejor era de desear para esta empresa que aquél que, siendo todavía diácono, execraba una tal costumbre...» (*Epístola 22,4* a Aurelio de Cartago; Hipona, 392).

Como soluciones al problema de los «refrigeria», Agustín propone basar la prohibición en la Sagrada Escritura y canalizar las ofrendas para ayudar a los pobres. Su delicadeza pastoral se pone de manifiesto en dos actitudes: por un lado no hay que herir al pueblo olvidando a sus difuntos y, por otro, se debe celebrar su memoria con pureza y piedad.

67) «... Estas embriagueces y festines desenfundados en los sepulcros lo tiene el pueblo indocto por honor de los mártires y hasta por alivio de los muertos. Por eso parece que podemos desterrar tal vergüenza y torpeza con mayor facilidad si deducimos de la Escritura la prohibición, y si no son suntuosas las oblaciones hechas en favor de los muertos, ya que es de suponer que de todos modos les servirán de sufragio. En este caso, sin soberbia y con solicitud podemos repartirlas a cuantos las pidan, y no venderlas. Si alguien quiere ofrecer por motivo religioso algún dinero, distribúyase allí mismo a los pobres. Con esta solución no quedará en olvido la memoria de sus difuntos, lo que pudiera producirles hondo pesar,

en las tumbas eran comunes después del sepelio, en el aniversario de defunción y en la conmemoración anual de los muertos celebrada a inicios del año. En un primer momento los cristianos mantuvieron los «refrigeria» sin mucha oposición por parte de la Iglesia, e incluso haciendo partícipes a los pobres, pero en el siglo IV adoptaron las características exageradas y desenfundadas propias de las comidas funerarias paganas. Así, la fe en la futura resurrección chocaba con el recurso a plañideras profesionales en los funerales cristianos y el derroche excesivo invertido en los entierros; también los «refrigeria» celebrados en los sepulcros de los mártires en los aniversarios de la traslación de sus reliquias degeneraron en ruidosas comilonas amenizadas con bailes y cantos. Ante estos abusos pronto levantaron la voz Padres como Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona —en Occidente—, quienes se esforzaron en erradicarlos de sus iglesias respectivas, resaltando que la manera cristiana de conmemorar a los difuntos consistía más bien en las donaciones a los pobres y los funerales litúrgicos.

y la Iglesia celebrará que tal memoria se celebre con piedad y pureza. Esto es lo que tenía que decirte sobre las comilonas y embriagueces» (*Epístola* 22,6 a Aurelio de Cartago; Hipona, 392).

continuará